

Historias de vida y formación

Christine Delory-Momberger

La explosión biográfica, acaecida desde 1970, en los diversos registros escritos, orales, performativos, ha incidido de múltiples maneras en la literatura, las ciencias sociales y los medios de comunicación, así como en las prácticas de formación de las personas.

En la literatura, el predominio de obras de inspiración autobiográfica es una marca sobresaliente de la producción cultural de nuestro tiempo, con un volumen y una calidad tales que trasciende las fronteras lingüísticas y ha inducido el traslado de la escritura autobiográfica desde la simple condición de categoría textual al de un género de pleno derecho. Un género que abarca hoy en día escritos tan disímiles como la autobiografía literaria, la autobiografía intelectual, el diario íntimo, el diario de campo, el diario del escritor, los relatos de viajes, la correspondencia, las memorias, los libros de entrevistas. Su influencia en el teatro, la poesía, el ensayo, el cine, las artes visuales, el *cómic*, es igualmente insoslayable. Su teórico e historiador emérito, Philippe Lejeune, argumentó la validación del género autobiográfico según dos criterios principales que definen mejor que cualquiera otra consideración de forma la empresa autobiográfica moderna: la enunciación en primera persona y el pacto autobiográfico que sella el compromiso con el lector de atenerse a un relato verídico.

Cuando se habla de historias de vida se designa un conjunto heterogéneo de narraciones que reúne desde las *biopics* a los autorretratos: las vidas de estrellas del espectáculo o del deporte, o de líderes sociales y políticos, los testimonios, fragmentos, recuerdos, relatos de experiencia que nutren los tirajes de periódicos y revistas, como también los reportajes o documentales



Elizabeth Builes. Ilustración *La gata blanca* de Madame D'Aulnoy. Leer es mi cuento. Mincultura. 2019

radiofónicos y televisivos que dan voz e imagen a vidas ilustres o anónimas. Este es el caso de los canales receptivos del desborde de las confidencias de individuos-masa acerca de su intimidad, de los *reality show* y *docu-soaps*, reales puestas en escena intrusivas de la vida privada, amén de las infinitas avenidas por donde transitan las vivencias más personales en las redes digitales. Sea que se trate de una palabra auténtica o de una exhibición narcisista, de un testimonio verídico o de una incierta operación comercial o política, no es fácil indagar por los intereses que las motivan y los efectos esperados por parte de un grupo indeterminado de actores. De lo que no cabe duda, es de que este fenómeno social responde tanto a necesidades identitarias de reconocimiento de uno mismo

en el otro, un otro a la vez familiar y mantenido a distancia, como también a sentimientos de aislamiento o soledad propios de la vida moderna, y a la ilusión de mantener un vínculo social, así sea de modo interpuesto por medio de los dispositivos electrónicos.

A lo largo del siglo xx, diversas ciencias sociales aportaron a la definición del objeto de estudio y a los recursos del método de las historias de vida, así como a su desarrollo y conquista de posiciones en el mundo académico. En sus orígenes, rondando los años veinte, en la llamada Escuela de Chicago, se desata una búsqueda empírica con el fin de “estudiar la sociedad en su conjunto” en el contexto de la oleada migratoria constitutiva de la sociedad norteamericana, haciendo uso de la historia de vida como un método cualitativo articulado en torno a la palabra del actor social. Los llamados documentos personales (cartas, diarios íntimos, avisos de prensa) abren sitio en la investigación social a la *life story*, no sin enfrentar los recelos de algunos. Una verdadera época dorada de la sociología empírica norteamericana y de la antropología social y cultural, que habrían de resistir después el eclipse ocasionado por los estragos de la Segunda Guerra Mundial. A lo cual contribuyó la competencia de los métodos cuantitativos traslapados de las ciencias positivas, simultáneamente con la de otros marcos de interpretación, tales como el marxismo o el estructuralismo, inclinados al rechazo o la suspensión de la confianza en la palabra del sujeto.

Un renovado interés surge en Europa a partir de los años setenta, esta vez orientado hacia variados campos profesionales en los que se pone a prueba el “enfoque biográfico” —según la denominación de Daniel Bertaux—, principalmente en trabajos de sociología crítica basados en relatos de vida seleccionados para establecer trayectorias y recorridos profesionales. En la década siguiente, la atención oscila de la recogida de información factual,

cuyo volumen y densidad son garantía para validar los relatos de prácticas en una misma categoría socioprofesional, al reconocimiento de la singularidad de relatos acabados y trabajados por los propios actores. Los cambios producidos a lo largo de este periodo han sido acompañados por una doble reflexión: por un lado, sobre el estatus de la historia de vida y su valor como documento científico, y por el otro sobre el relato de vida como objeto de lenguaje y sobre su dimensión de autocreación en tanto práctica *autopoiética*.

A partir de entonces, las historias de vida se instalan en el campo de la formación en cuanto son apropiadas como “artes formadoras de la existencia” (según la expresión de Gaston Pineau): el relato ya no sólo es considerado desde una perspectiva de investigación etnosociológica —conforme al planteamiento de Bertaux—, sino como un campo de experiencia y un instrumento de exploración formadora. El libro *Producir su vida: autoformación y autobiografía* (1983), escrito en pareja por Pineau y Marie-Michèle, señala el camino por seguir en la adopción de la historia de vida como práctica de formación, en un contexto marcado por las hondas transformaciones que sacuden a la sociedad, que conllevan la pérdida de los referentes tradicionales que puntuaban el desarrollo del individuo a través de etapas claramente reconocidas que se suceden en un orden inmutable. La desintegración de ciertas estructuras y la precariedad de la vida profesional obligan al individuo a una vigilancia permanente de lo vivido y a una reapropiación constante del sentido de la vida. La práctica de la historia de vida aparece así como un modo del sujeto de acceder a su propia historicidad, de ser el actor de su vida.

Mi trabajo de investigación en las décadas recientes ha buscado aproximar los aportes de la perspectiva literaria y semiológica, mantenida entre otros por Philippe Lejeune, y la perspectiva antropológica inaugurada por George

Misch y Georges Gusdorf. Sobre estas premisas se afirma mi obra titulada *Las historias de vida. De la invención de sí al proyecto de formación* (2004, inédita en español), en la que trazo el bosquejo de la historia de las relaciones que se tejen entre las distintas formas de expresión de sí de los individuos dentro de marcos sociales determinados, para delinear el objeto de estudio que Michel Foucault nombrara en términos de las prácticas de *sí*; es decir, los modos socio-históricos de relación consigo mismo, tal como son incorporados en tecnologías del yo de uso corriente. El esfuerzo genealógico consiste en hacer visible la dialéctica que opera entre las formas discursivas que en cada sujeto y en cada época son reinventadas, reactualizadas y reinterpretadas, y las formas materiales que son los soportes y las técnicas de inscripción de la palabra, del rollo de papiro al códice, del libro impreso a la pantalla del computador.

En la síntesis histórica expuesta en el libro destaca, particularmente, el período bisagra comprendido entre los años finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, en la medida en que permite adelantar un ejercicio comparado con el presente para ver la profundidad de los cambios históricos culturales que introdujo la modernidad. Una visión panorámica del pasado lejano revela que, desde la antigüedad hasta finales del siglo XVIII, la relación del sujeto consigo mismo pasa por mediaciones e instituciones que le son externas: la ciudad, la divinidad, la religión, el poder real, sucesiva o simultáneamente, imponiendo al sujeto su propia finalidad y la prohibición de pensar por sí mismo. En el cambio del siglo XVIII al siglo XIX, aupado en las revoluciones políticas y económicas que sacuden entonces a Europa, el sujeto se descubre como un ser soberano en sí mismo, mientras la configuración del saber que sucede a la época clásica instaura una nueva mirada sobre el hombre y el mundo, dando paso al nacimiento de las ciencias humanas.



Elizabeth Builes. Ilustración *La gata blanca* de Madame D'Aulnoy. Leer es mi cuento. Mincultura. 2019

La comprensión de las rupturas y de otros modos de decirse en la condición biográfica contemporánea, en el marco de una evolución histórica como la que ha sido trazada aquí, ofrece la posibilidad de interrogarse sobre el presente de nosotros mismos. ¿Qué formas narrativas corresponden a las incertidumbres del tiempo actual? ¿Qué nos dicen las formas plurales de narrativas del yo que habitan la red global? ¿Qué lugar ocupan las biografías en la educación de hoy? Son estas algunas de las preguntas traducidas en discursos y prácticas acumuladas en torno a nuestros proyectos editoriales y de formación, sostenidos, en lo que va del siglo XXI, en el programa Colegio Internacional de Investigación Biográfica.

Christine Delory-Momberger. Profesora de las universidades Sorbona París Norte (Francia) y Universidad del Estado de Bahía (Brasil). Artículo elaborado con la colaboración del profesor Gabriel Jaime Murillo Arango (Universidad de Antioquia).